

— ¿Qué vais á hacer?

— Vais á prestarme vuestra linterna, y continuaré mi lectura interrumpida por el sueño.

Nada replicó el mesonero; entregó á Chicot la linterna y se retiró.

Chicot levantó el armario apoyándolo contra la puerta, y se tendió en la cama.

El resto de la noche transcurrió tranquilamente, y el viento cesó del todo, como si la espada de nuestro viajero hubiese penetrado el odre que los encerraba.

Al amanecer pidió su caballo el embajador del rey, pagó el gasto hecho, y prosiguió su camino diciendo:

— Veremos esta noche.

XVIII.

Como Chicot continuó su viaje, y de lo que le aconteció.

Chicot pasó toda la mañana en felicitarse de haber tenido la sangre fría y la paciencia que hemos dicho, durante aquella noche de prueba.

— Pero, — dijo para sí, — no se coge dos veces á un lobo viejo en una misma trampa... Es, pues, casi seguro que hoy van á inventar una doble diablura contra mí; y por consiguiente debemos estar alerta.

El resultado de este raciocinio lleno de prudencia,

fué que Chicot hizo aquel día una marcha que el mismo Jerofonte no hubiera creído indigna de immortalizar en su retirada de los Diez Mil. Todo árbol, el menor accidente de terreno, cualquier tapia, le servían de puntos de observación ó de fortificación natural. Y aun, durante el camino, había hecho alianzas, si no ofensivas, á lo menos defensivas.

En efecto, cuatro especieros de París, que iban á Orleans á surtirse de confites de Cotignac, y á Limoges de frutas, secas, se dignaron aceptar la compañía de Chicot, que les dijo era un mercader de medias de Burdeos que volvía á su casa después de terminar sus negocios; y como Chicot, natural de la Gascuña, no había perdido el acento gascón sino cuando le era particularmente necesario, no inspiró ninguna desconfianza á sus compañeros de viaje.

Componiáse, pues, este ejército de cinco especieros y cuatro amanuenses, y no era más despreciable en cuanto al valor que en cuanto al número, en atención á las costumbres belicosas introducidas desde la formación de la Liga entre los especieros parisienses.

No confesaremos que Chicot profesaba gran respeto hacia el valor de sus nuevos compañeros; pero en aquella ocasión se verificaba el refrán que dice, que tres cobardes juntos tienen menos miedo que un valiente solo.

Por consiguiente Chicot alejó de sí todo miedo desde el momento en que se halló entre cuatro cobardes, y aun renunció á volverse, como antes, para ver si alguno le seguía.

Resultó de ahí que llegaron sin tropiezo, politiquando mucho y echando mil bravatas, á la ciudad designada para cenar y pasar la noche.

Cenaron todos, bebieron largo, y cada uno se retiró á su cuarto.

Durante aquel festín, Chicot no había escaseado su elocuencia burlona que divertía á sus compañeros, ni los tragos de moscatel y Borgoña que alimentaban su elocuencia. Como comerciantes, esto es, como gente libre, habían tratado sin conmiseración á S. M. el rey de Francia y á todas las majestades de la tierra, así de Lorena, como de Navarra, Flandes y de todas partes.

Chicot se fué á su dormitorio, después de haber citado para el siguiente día á sus cuatro compañeros

que acababan de conducirle casi en triunfo desde la mesa hasta su cuarto.

Maese Chicot, por lo tanto, se encontraba custodiado en su pasadizo como un príncipe, por los cuatro viajeros, cuyos dormitorios precedían al suyo, que estaba situado al extremo, y que era por consiguiente inexpugnable, merced á las alianzas intermedias.

En efecto, como en aquella época había poca seguridad en los caminos públicos, aun para aquellos caminantes que sólo atendían á sus propios negocios, todos procuraban asegurarse el apoyo de los viajeros que iban en su compañía, y Chicot, que nada había contado respecto á su percance de la noche precedente, hizo muchos esfuerzos, como puede concebirse, tocante á la redacción de aquel artículo del tratado, que todos adoptaron sin la menor dificultad.

Esto quiere decir que Chicot, sin faltar á las reglas de su prudencia ordinaria, podía acostarse y dormir. Y tanto más debía hacerlo, cuanto que, para mayor precaución, acababa de examinar minuciosamente todos los rincones del aposento, corriendo los cerrojos y cerrando de firme los postigos

de la única ventana del mismo. Ya se deja conocer que había asimismo golpeado la pared por varias partes y que en todas fué satisfactorio el sonido producido por sus puños.

Pero durante su primer sueño acaeció un suceso que la misma Esfinge, ese adivino por excelencia, no hubiera podido prever; no parecía sino que el diablo tenía empeño en dar al traste con los proyectos de Chicot, y ya se sabe que el diablo es más ladino que todas las esfinges del mundo.

Á eso de las nueve y media llamaron suavemente á la puerta del cuarto que los mozos especieros ocupaban juntos, en una especie de zaquizamí, situado precisamente sobre el pasadizo de la posada. Uno de ellos abrió aunque de malísimo humor, y se encontró frente á frente con el posadero.

— ¡ Cuánto celebro, — dijo éste, — el ver que os habéis acostado vestidos! Como que voy á haceros un gran servicio. Ya sabéis que vuestros amos se han enzarzado mucho en la mesa hablando de política: pues bien, un regidor del ayuntamiento ha oído sus discursos y dado parte al señor alcalde, y como éste se precia de ser sumamente fiel, ha enviado al punto la ronda, que acaba de conducir á vuestros

amos á la municipalidad para que den sus descargos. La cárcel está inmediata á la municipalidad, y así no seáis tontos, salvaos con las mulas, y vuestros amos, que se os reunirán cuando puedan, no podrán menos de agradecer vuestra previsión.

Los mozos al oír esto saltaron de la cama como corzos, bajaron sin detenerse á la cuadra, montaron temblando en las mulas y se dirigieron por el camino de París, encargando al posadero que enterase á sus amos de la ruta que seguían, si volvían por casualidad sanos y salvos al mesón.

Hecho esto y habiendo visto desaparecer á los cuatro mozos por la esquina de la calle, fué á llamar el posadero con las mismas precauciones á la primera puerta del pasadizo.

El mercader que en aquel cuarto dormía, se despertó gritando con voz de trueno:

— ¿Quién va allá?

— ¡Silencio, desgraciado! — le contestó el mesonero; — acercaos de puntillas á la puerta.

Obedeció el especiero, pero, á guisa de hombre prudente, arrimó el oído á la puerta sin abrirla, y preguntó:

— ¿Quién sois?

— ¿No conocéis, la voz del amo de la posada?

— Sí, ahora sí; por Cristo! Pero ¿qué ocurre?

— Ocorre que en la mesa habéis hablado del rey con demasiada libertad, que el alcalde ha sido avisado por algún espía, y que ha venido la ronda. Por fortuna he indicado á los empleados el desván que ocupan vuestros criados, y en este momento los están prendiendo arriba, en lugar de prenderos aquí.

— ¡Qué es lo que me decís! — exclamó el mercader.

— La pura verdad; daos prisa, si queréis salvaros, mientras está libre la escalera.

— ¿Y mis compañeros?

— No tenéis tiempo para avisarles.

— ¡Pobres amigos!

— Y el especiero se vistió precipitadamente.

Durante este tiempo el mesonero, como cediendo á una inspiración repentina, golpeó en el tabique que separaba al primer mercader del segundo.

Enterado éste de lo que acontecía, abrió suavemente su puerta; el tercero, avisado del mismo modo, llamó al cuarto, y viéndose ya reunidos desaparecieron escalera abajo como una bandada de

golondrinas, levantando las manos al cielo y marchando de puntillas, á fin de no ser sentidos.

— ¡ Pobre mediero ! — decían : — toda la culpa va á recaer sobre él, aunque ciertamente ha sido quien más ha hablado. En fin, que mire bien cómo sale del aprieto, pues el posadero no ha podido avisarle como á nosotros.

En efecto, maese Chicot, como debe presumirse, ignoraba todo cuanto acababa de suceder, pues al mismo tiempo que los especieros huían encomendándole á Dios, dormía profundamente.

El mesonero se aseguró de éste poniéndose á escuchar á la puerta ; en seguida bajó hasta una sala baja, cuya puerta, cuidadosamente cerrada hasta entonces, se abrió á una señal suya.

Acto continuo se quitó el gorro y entró.

En la sala había seis hombres armados, y uno de ellos parecía jefe de los demás.

— ¿ Qué hay ? — preguntó éste.

— He obedecido vuestras órdenes, señor oficial.

— Es decir que ya no hay nadie en el mesón.

— Nadie.

— La persona designada ignora todo... no se ha despertado... ¿ eh ?

— Como decís, señor oficial.

— Señor mesonero, ya sabéis en nombre de quién obramos, ya sabéis á qué causa servimos, supuesto que sois uno de sus defensores.

— Sí por cierto, y ya veis que he sacrificado, por ser fiel á mi juramento, la ganancia que debían haberme dejado mis huéspedes ; pero recuerdo que en el juramento se dice : « Sacrificaré mis bienes á la defensa de la santa religión católica. »

— Y también mi vida... Sin duda olvidáis esto, repuso el oficial con altanería.

— ¡ Dios mío ! — exclamó el posadero juntando las manos. — ¿ También se me pide la vida ? ¡ Tengo mujer é hijos !

— Sólo os la pedirán, si no obedecéis ciegamente lo que se os mande.

— ¡ Obedeceré, obedeceré !

— En ese caso, retiraos, cerrad bien todas las puertas, y suceda lo que quiera, aun cuando veáis arder el mesón, ó lo sintáis desplomarse sobre vuestra cabeza, no os mováis de vuestro cuarto. Ya veis que el encargo es fácil de cumplir.

— ¡ Jesús ! ¡ Jesús ! estoy arruinado, — murmuró el pobre hombre.

— Tengo orden de indemnizaros, — dijo el oficial; — aquí tenéis treinta escudos.

— ¡ Mi casa tasada en treinta escudos ! — exclamó lastimeramente el mesonero.

— ¡ Ea, callad con mil diablos ! que no se os romperá un solo vidrio. ¡ Vaya unos campeones asquerosos de la Liga que tenemos en esta tierra !

El mesonero fué á encerrarse como un parlamentario á quien se previene que va á ser saqueada la ciudad en que reside.

El oficial sin perder tiempo colocó á los dos hombres mejor armados debajo de la ventana del aposento de Chicot, y él mismo acompañado de los otros tres subió al dormitorio del pobre mediero, como le llamaban sus compañeros de viaje, que se hallaban ya lejos de la población.

— Ya sabéis lo que ha de hacerse, — dijo el oficial. — Si abre la puerta, si se deja registrar, si le encontramos lo que buscamos, nada tiene que temer de nosotros; pero si sucede lo contrario... un buen golpe de daga... ¿ estáis ? Nada de pistola, ni de arcabuz, porque al fin somos cuatro contra uno y es inútil.

Llegaron á la puerta, y el oficial llamó.

— ¿ Quién va ? — preguntó Chicot despertándose sobresaltado.

— Conviene fingir, — murmuró el oficial, añadiendo en voz alta : — Somos vuestros compañeros de viaje, que queremos comunicaros un asunto importante.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — repuso Chicot ; — sin duda el vino de la cena os ha enronquecido la voz, compañeros.

El oficial suavizó la suya y dijo con el tono más insinuante que le fué posible :

— Vamos, abrid, querido compañero y amigo.

— ¡ Ira de Dios ! — exclamó Chicot. — ¡ Cómo apestan á hierro vuestras especias !

— ¡ Qué es eso ! — gritó al fin el oficial perdiendo la paciencia. — ¿ No quieres abrir ? echad vosotros la puerta abajo.

Chicot corrió á la ventana, la abrió con fuerza y vió en la calle dos espadas desnudas.

— ¡ Estoy cercado ! — exclamó.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ Compadre, — dijo el oficial, que había oído el ruido que hizo la ventana al abrirse, — temes el salto peligroso ? Tienes razón. Vamos, ¡ ábrenos, ábrenos !

— Pardiez, — dijo Chicot, — la puerta es sólida, y recibiré un refuerzo cuando hagáis ruido.

El oficial soltó una carcajada y mandó á los soldados que deslajaran los goznes.

Chicot se puso á gritar para llamar á los mercaderes.

— Imbécil, — dijo el oficial, — ¿ crees que te hemos dejado socorro ? ¡ Desengáñate, estás solo y por consiguiente perdido ! Vamos, has de tripas corazón... ¡ Andad, vosotros !

Y Chicot oyó tres culatazos de mosquete dados contra la puerta con la fuerza y regularidad de tres arietes.

— Aquí hay, — dijo, — tres mosquetes y un oficial, y allá abajo dos espadas solamente : hay que saltar quince pies : esto no vale nada. Prefiero las espadas á los mosquetes.

Y atándose su saco á la cintura, se montó sin vacilar en el antepecho de la ventana, espada en mano.

Los dos hombres que habían quedado abajo tenían las suyas con las puntas hacia arriba ; Chicot había discurrido, con razón, que jamás un hombre, aunque sea el mismo Goliath, espera la caída de

otro hombre, aunque sea un pigmeo, cuando este otro hombre puede matarlo al matarse.

Los soldados mudaron de táctica y retrocedieron decididos á herir á Chicot cuando estuviese en el suelo.

Aquí es donde el gascón los esperaba. Saltó con tanta habilidad, que cayó de pie y permaneció en cuclillas ; al mismo tiempo uno de los hombres le asestó una estocada capaz de atravesar una pared ; pero Chicot no se tomó el trabajo de pararla, recibéndola en la mitad del pecho, seguro como estaba de que, merced á la cota de malla de Gorenflot, la hoja de su enemigo se rompería como un vidrio.

— ¡ Tiene coraza ! — dijo el soldado.

— ¡ Pardiez ! — replicó Chicot, que de un revés le había ya cortado la cabeza.

El otro se puso á gritar, no pensando ya más que en defenderse, porque Chicot atacaba ; pero, como desgraciadamente no tenía siquiera las fuerzas de Jacobo Clemente, no tardó en hallarse tendido al lado de su camarada ; de suerte que cuando derribaron la puerta y el oficial se asomó á la ventana, no vió ya más que á los dos centinelas bañados en su sangre.

Á cincuenta pasos de los moribundos huía Chicot muy tranquilamente.

— Es un demonio, — gritó el oficial, — y está hecho á prueba de hierro.

— Sí, pero no á prueba de plomo, — replicó un soldado apuntándole con su mosquete.

— ¡ Desgraciado ! — exclamó el oficial levantando el arma : — nada de ruido, porque vas á despertar á todo el pueblo ; mañana le encontraremos.

— Estoy discurriendo, — dijo filosóficamente uno de los soldados, — que hubiera sido mejor poner cuatro hombres abajo y dos solamente arriba.

— ¡ Sois un majadero ! — respondió el oficial.

— ¡ Ya veremos lo que le llama á él el duque ! — dijo gruñendo aquel soldado para consolarse.

Y dejó descansar la culata de su mosquete en el suelo.

XIX.

Tercera jornada.

Si Chicot huía con tanta calma, era porque se hallaba en Etampes, esto es, en una ciudad, en medio de una población respetable, bajo la salvaguardia de magistrados que, á su primera demanda, hubieran puesto el negocio en tela de juicio y arrestado al mismo duque da Guisa.

Sus asaltantes conocieron perfectamente su falsa posición, por lo que el oficial prohibió, como se ha visto, á sus soldados el hacer fuego, á riesgo de que se escapase Chicot.